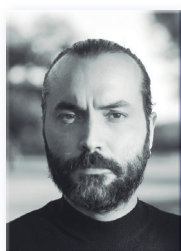


Distintas clases de oraciones



Miguel Angel Carmona
Texto ganador de 2022

Este tanatorio tiene cuatro salas. Las he recorrido todas durante la tarde. En la uno velan a un hombre mayor, un militar uniformado y adornado con sus galones que parece un Geyperman en su caja. En la dos me han descubierto enseguida. Debe de ser una familia muy pequeña donde se conocen todos, o bien han contratado seguridad porque el muerto es algún pez gordo con enemigos.

En la tres me he encontrado una escena imposible de asimilar sin volverte loca. Un matrimonio joven llorándole a un ataúd pequeño, detrás de un cristal. Dentro, como un insecto atrapado en ámbar, un niño de tres o cuatro años dormía abrazado a un peluche de Pocoyó. Me he sentado entre sus tíos. Total, estaba llorando. Quién iba a echarme de allí. Cuando lloramos por un muerto se convierte en nuestro.

Después de eso ya he vuelto a la cuatro, donde velan a Juan, de donde tam-

bién me echaron este mediodía, nada más llegar al tanatorio, a pesar de haber sido inseparables desde pequeños, o quizás a causa de ello.

Quería leerle a un cadáver por no haber tenido el valor suficiente para leerle a un moribundo. Me planté con mi novela frente al féretro y Ginés, el padre, se puso a llorar con tan solo oírme las primeras palabras. Candela, la mamá de Juan, empezó entonces a pegarme con la oración que habían repartido, hecho el papel un rulo inofensivo, sin tener una noción clara de por qué pero contenta de poder descargarse con alguien por una causa justa: proteger a su marido de la pena.

Ginés se repuso enseguida y salió a buscarme al pasillo. Me pidió perdón con demasiados mocos brillantes apelmazándole el mostacho. Entra, anda. Léele, dijo. No, mejor no, le contesté entre dientes, mirando al suelo por no mirarle los mocos. Pero entré, aunque al momento volví a salirme e hice eso que he contado al principio. He vagado por el tanatorio, con mi novela en la mano. Me he sentado en el muelle de carga y he fumado un cigarro con los conductores. Uno, el más pequeño —un enano, vamos— me miraba donde terminaba la falda y me han entrado unas ganas tremendas de pegarle con el canto de la novela en la coronilla y clavarlo en el suelo como aquellos hombres-planta de Amanece que no es poco. Al final le he mirado fijamente y le he preguntado:

—¿Usted viene de parte del novio, o de la novia?

Y como se han quedado tiesos, como detenidos en el tiempo, he vuelto a entrar y a pulular por los pasillos. El militar en su caja, el mafioso con su guardia pretoriana, el niño atrapado en ámbar y sus padres con

un erizo de mar dentro del pecho de por vida. Y al fondo del pasillo de la izquierda: la sala cuatro, como un Benicassim para el que no tuviera entrada. Así que me he sentado a contemplar mi novela en un banco del vestíbulo. Este es uno de los veinte ejemplares que me ha mandado la editorial esta mañana.

Tiene trescientas cuarenta y dos páginas, una portada en cartulina de trescientos gramos laminada en mate con solapas y papel offset de ochenta, ahuesado en un tono demasiado oscuro para una novela del siglo XXI sobre putas y camellos. Y todo lo que está escrito dentro tiene algo que ver con Juan. Su cabeza grande, su cicatriz en el pecho, su cartera Perona cargada de libros, su antisemitismo prematuro heredado de su hermano mayor y su giro después a la izquierda de parque, litro y porros —que compartimos hondamente—. Su canon de la generación beat, el club de lectura de Banana Yoshimoto y su obsesión por Kitchen. Su costumbre de viajar borracho en tren y en avión, y aquello de subirse al punto más alto de la ciudad en la que vas a vivir para verla desde arriba y comprender que, aunque

enorme, tiene un principio y un final. Algo que, de no haber ido borracho en el avión, hubiera podido comprobar antes de aterrizar. Todas sus manías, tics, todo su retrato hecho añicos como un palet de azulejos machacados y repartidos entre los edificios de Gaudí. Así he compuesto a los personajes de esta novela, con sus cosas y las mías. Y ahora, al cabo de la puta muerte que se lo llevó, se me ocurre imponerme a la cobardía y la pereza, y plantarme delante de él para leerle nuestras cosas hechas novela aunque en ella no se hable de ninguno de los dos.

De camino a la sala cuatro paso por la puerta de administración. Sentado tras un escritorio de madera negra hay un señor enorme. Un viejo, de pie frente a él, delgado y encorvado como el gancho de una percha, mira atentamente unos papeles. Ahí quieto parece un flexo. Parece murmurar algo entre dientes. El gerente se incorpora y camina a grandes zancadas hasta la puerta para cerrármela en las narices. Me quedo tras ella, con la única intención de molestarle. Me indigna que me tomen por una vulgar cotilla: mi interés no es vulgar. Juan hubiera tirado de mí. Me hubiera dicho: quédate con ellos; ya me busco yo otros amigos. Yo le hubiera chistado o hecho ese gesto con la mano para que me dejara en paz, y después, al cabo del rato, me habría dado cuenta de que registro y registro anécdotas sin importancia que rara vez tengo la disciplina de transcribir, y que aún con menos frecuencia repaso para usarlas como semilla de algo. Aunque las veces que lo he hecho han resultado buenos relatos. Como aquel que salió de un anuncio en el periódico en el que se ofrecía “mujer triste como modelo para fotógrafo loco”.

El anciano llora tras la puerta. Quizá debería inventarse algún mecanismo para con-

vertir el llanto generado en los tanatorios en una fuente de energía limpia y respetuosa con el medio ambiente. Un hombre grita ahogadamente tras la puerta y no es el que lloraba, porque el que lloraba sigue llorando mientras el otro grita. Puede que el inofensivo jorobado llevara una buena faca en el refajo y le haya metido nueve dedos de acero donbenitense entre las costillas flotantes. No se debe apretar a un viejo que ha perdido a su esposa si su esposa era todo lo que tenía; si su esposa era la única que le sujetaba la mano de la navaja.

Echo una moneda de cincuenta, una de veinte y otra de diez en la máquina del café, más por hacer tiempo para ver al asesino que otra cosa, y le doy al botón del capuchino. Uno de los hombres que me cerró el paso en la sala dos aparece por la parte derecha del vestíbulo y camina directo al despacho de administración. Yo arranco a andar en su dirección dándole vueltas al capuchino y por un momento pienso en chocarme con él y tirarle el café por encima. No sé si es que no lo intento con suficientes ganas, o sencillamente no acierto a sincronizar mis pasos con los suyos, mucho más rápidos y de-

cidos. Quienes no sabemos adónde vamos tenemos pocas probabilidades de compartir tiempo y espacio con los que sí conocen su destino. Juan era de esos y durante años, unos años ya muy lejanos, me sirvió a mí de meta volante. Después nos quisimos más que nunca, cada uno en su cama y metiendo en ella a quien nos dio la gana. No volvimos a ser novios ni amantes, aunque el mes antes de que le detectaran el cáncer yo estaba volviendo a enamorarme de él. Puta casualidad que lo ingresaran el día que iba a declararme, toda yo vestida de Amelie con mi ramo de gerberas, algo que puede parecer patético si no se conoce la historia de fondo, esperando en la puerta de su casa mientras una ambulancia lo llevaba al hospital con una hemorragia gástrica. Una mierda de final para nuestra historia. Un magnífico principio para mi novela. Así, Ginés ha llorado, el pobre hombre. Cómo no va a llorar si siempre me quiso de nuera. Candela me miraba de medio lado desde la encimera cuando estudiábamos juntos en la mesa de la cocina. Se pasaba el verano haciendo ajo blanco y el invierno sacando caldo del cocido y poniéndolo en botes de cristal para después echarse a los arroces y hacer sopas que te daban carraspera. Me miraba de reojo como si fuera capaz de leer mis intenciones en mi forma de coger el bolígrafo o sorber la granizada o el consomé, cuando ni yo misma las sabía.

Me siento otra vez en el banco del vestíbulo. La puerta de administración está abierta. Un gordo con bigote y cara de señal de Stop está sentado frente a un escritorio y no hay rastros del asesino, ni de llanto ni de sangre. Un anciano sale del baño del vestíbulo y arrastra sus alpargatas en dirección al pasillo de las salas impares. El supuesto escolta de la dos espera junto a la máquina de café y enreda con

el móvil. El estado de excitación de mi mente baja como la espuma de la leche que mi abuela compraba en bolsas y que hervía cada mañana en un cazo de hierro. No pasa nada. En realidad, no está pasando nada. Solo que demoro cobardemente el momento de regresar a la sala cuatro y enfrentarme a la indignante irreversibilidad de la muerte; al «demasiado tarde»; al «te jodes para siempre».

El anciano se sienta junto a mí. Tiene la respiración entrecortada y arrugas como dunas. Está llorando y su llanto es una hoja de reclamaciones a Dios. Tengo que elegir entre varios tópicos para preguntarle qué le pasa o alguna ocurrencia que implicaría priorizar el aspecto estético de mi retórica a su sufrimiento. Como no me he criado jugando al pincho en el zaguán de la casa de este hombre, no sé que para él el silencio es la forma más evolucionada de elocuencia, ni que esta es la primera vez que ha llorado delante de una mujer distinta de su Marianela. Además, no sé si llora una muerte o la factura impagada de un funeral, y como su mera presencia me arroja toda mi imbecilidad a la cara me pongo de pie para huir, escritora falsa y cobarde, hacia algún sitio donde yo no sea tan insignificante.

Señorita, me llama entre hipidos el viejo. ¿Puede usted esperarse aquí un momento? Yo vuelvo a sentarme y hago un esfuerzo sobrehumano para mantener la vista fija en su rostro de árbol milenario. ¿Le pasa algo? Él alza una mano trémula y la deja caer sobre la mía. Después se acomoda en el respaldo y levanta la vista hacia el techo del vestíbulo. Nunca había escuchado a nadie llorar tan en silencio; llorar por dentro, como si el acto físico del llanto hubiera sido una etapa superada a lo largo de su vida. Una lágrima continua le forma un charquito en el rabillo del ojo y después se precipita pómulo abajo. Es como ver llorar a una montaña.

YO me recuesto también dejando que su mano raspe la mía, sintiendo un temblor en el diafragma que un hombre prehistórico hubiera podido interpretar como el presagio de una erupción volcánica. Cierro los ojos y empiezo a sentirme libre.

—¿Qué haces, papá? —escuchamos los dos.

Aunque nos sobresaltamos, no nos soltamos la mano. No sé muy bien quién se le tiene cogida a quién. El hombre sorprendido —y hasta molesto por nuestra estampa— es Ginés, mi suegro frustrado.

—¿Qué hacéis los dos?

Juan hablaba a veces de su abuelo. Decía, antes de que muera mi abuelo esto, antes de que muera mi abuelo lo otro, y seguramente nunca hizo ni esto ni lo otro, como yo no fui a leerle mi novela a Juan hasta esta mañana.

—Estamos descansando, Ginés —me oigo contestar.

—Papá, ¿estás bien? —pregunta Ginés, pero el anciano no responde porque ha vuelto a mirar al cielo, aunque le separen de él el

techo y sus párpados cerrados, porque el cielo al que él mira lo lleva dentro y está compuesto por el espacio que ocupan ahora Marianela y Juan.

—¿Vamos a dar un paseo? —le digo al abuelo de Juan apretándole la mano para que descienda, por un momento, al vestíbulo del tanatorio.

Sin abrir los ojos, desplazando hacia adelante el mentón para sujetar el llanto, haciendo un puchero de viejo, asiente de una forma tan imperceptible que tengo que traducirle a Ginés: dice que sí.

Ginés no se fía de mí y no le culpo, pero ahora no quiere preocuparse de su padre porque le quedan apenas un par de horas para despedirse de su hijo. No os vayáis lejos, me dice, como si fuéramos Juan y yo en un camping de la Vera en el verano del noventa y uno y estuviéramos a punto de perdernos en el monte y dormir por primera vez abrazados después de refregarnos como animales salvajes.

Entre los dos le ayudamos a incorporarse. Abre los ojos y me sonrío. Habla lento, como la tortuga de la Historia interminable.

—Tú tienes que ser Berta.

No es una pregunta. Es un disparo. Por eso no espera respuesta, pero sí me aprieta con fuerza la mano para que el impacto de bala no me derribe.

—Papá, ¿por qué no vienes y te sientas allí con la familia? —nos molesta Ginés enfatizando la palabra “familia”.

—Ve tú —contesta el abuelo de Juan—. Juanito te necesita más que yo.

¡Qué va a necesitarle Juan si está muerto, coño! Lo que pasa es que nadie lo necesita a él. Mientras avanzamos hacia la puerta, cogidos ahora del brazo, me remuerde la conciencia por haber pensado así de Ginés. Si no nos queremos más ahora; si yo no soy parte de esa familia, no es porque llegara tarde aquel día a declararme sino porque en los cuatro meses que pasó Juan ingresado y hasta que se murió no fui a verlo más que una vez, y estaba sedado. A ver quién coño tiene la culpa de eso. No tenían ni que haberme dejado entrar aquí. Tenían que haberme escupido a la cara y, sin embargo, porque Juan no hubiera querido que así fuera, no lo han hecho.

En la puerta, el abuelo de Juan respira hondo y tose; vuelve a respirar y vuelve a toser, y así hasta que la tos se le va calmando y consigue acompasar la respiración.

—La escritora —vuelve a disparar.

Caminamos hasta el banco que hay junto a la verja que separa el tanatorio del campo que lo rodea, un solar lleno de maleza abrasada por el sol de agosto aunque ahora sea dos de septiembre y esté nublado. Nos sentamos e intento revivir la misma emoción que he sentido hace unos minutos en el vestíbulo; la persigo como una yonki de heroína su primer viaje, pero nada es igual. Un grupo de gente ríe ruidosamente y fuma junto a la puerta. Hablan de la boda de alguien que no está entre ellos, recuerdan futilmente que fue la úl-

tima vez que se vieron. Quedan para tomar unas cervezas después del entierro y se separan para ir a sus respectivos coches.

El abuelo de Juan vuelve a adoptar una posición relajada y acopla la espalda al respaldo. Apoyo mi cabeza en su hombro y con la mano que tengo libre rebusco en el bolso el tabaco. Toco la novela, fría como una pistola, inútil como un solo ladrillo. Saco un cigarro y me lo enciendo. Me lo fumo sin hablar pensando en el fracaso que sería irme de aquí sin terminar siquiera la primera página. Saco la novela, me coloco bien en el asiento y empiezo a leerle al abuelo de Juan.

Ha vuelto ha salir el sol y calienta nuestras frentes. Escucho golpes en un cristal y levanto la vista. La comitiva que sigue al coche fúnebre avanza como un ciempiés encadenado a una luciérnaga. En uno de los coches, el hermano pequeño de Juan nos ha reconocido y aporrea la ventanilla desde dentro, pero alguien le reprende y le obliga a mirar hacia adelante.

—¿Vamos al cementerio? —le pregunto.

—Prefiero que sigas leyendo. Juanito está más en estas páginas que dentro de ese ataúd.